

El catolicismo social: inculturación del Evangelio en Chile

Fernando Berríos Medel

Teólogo, U. Alberto Hurtado y Centro
Teológico Manuel Larraín.

El documento conclusivo de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Aparecida, Brasil, parte invitando a la comunidad eclesial a mirar la realidad en la que está inserta, para reconocer en ella los desafíos concretos que implica, “en esta hora histórica” (n. 98), el llamado a ser discípulos de Jesucristo. Aunque es el capítulo 8 el que se refiere directamente a la existencia cristiana en medio de las problemáticas sociales, puede decirse que todo el documento es una reflexión sobre la realidad latinoamericana y caribeña como espacio de realización del discípulado. Es una reflexión profunda sobre el seguimiento, personal y comunitario, de Jesús en su senda de encarnación y de solidaridad con todo lo auténticamente humano.

En esta perspectiva es oportuno preguntarse en qué formas concretas la Iglesia ha articulado históricamente en nuestro Continente y en nuestra nación, ese sentido de compromiso con la realidad social y cultural como camino ineludible de respuesta al llamado de Jesús.

Es oportuno preguntarse en qué formas concretas la Iglesia ha articulado históricamente, en nuestro Continente y en nuestra nación, el compromiso con la realidad social y cultural como camino ineludible de respuesta al llamado de Jesús.

El gran tema para la reflexión de la comunidad eclesial es desde dónde debe ser considerada hoy la cuestión social y los caminos que mejor puedan llevar a morigerar las principales injusticias que la constituyen.

EXPRESIÓN DE LA INCULTURACIÓN DEL EVANGELIO EN CHILE

A la pregunta fundamental: ¿cómo se ha concretado la inculturación del Evangelio en Chile?, la comunidad eclesial puede dar diversas respuestas. Pero probablemente una de las concreciones más importantes de esta inculturación en nuestra nación ha sido el surgimiento y desarrollo del así llamado “catolicismo social”.¹

Sin embargo, suele percibirse últimamente un debilitamiento de la inquietud social en el discurso católico chileno actual. En el contexto de un orden mundial globalizado, parece predominar en la Iglesia la preocupación por los peligros de la modernización, ya señalados por el episcopado en Puebla a propósito de la postulada *identidad cultural católica* de América Latina. Esto podría indicar que

la atención eclesial en la actualidad está siendo puesta, como en los inicios del mismo catolicismo social —aunque con nuevos matices— preferentemente en procesos culturales que son percibidos en ciertos círculos católicos como desarrollos de un secularismo de origen moderno.

No es que no exista acción social entre los católicos chilenos de hoy. Escasea, empero, a diferencia de otros momentos, una reflexión crítica sobre la injusticia social y sus causas estructurales. Es sintomático el impacto mediático que suscitaron las reflexiones del presidente de la Conferencia Episcopal sobre la noción de “salario ético”. Entre nosotros suele ser noticia lo que irrumpe y llama la atención por novedoso e inusual.

¿Cómo se ha llegado a ello y cómo ha sido nuestra historia eclesial en este aspecto? A partir de estas preguntas es posible arribar a una nueva comprensión, más profunda —y quizás también más justa— del significado histórico que ha



Surge con especial fuerza la figura de Alberto Hurtado como exponente destacado de la conciencia social católica y de la recepción de la enseñanza social pontificia en Chile.

EL CONTEXTO: LA RELACIÓN IGLESIA-SOCIEDAD MODERNA

Es de una importancia decisiva tomar conciencia de la eclesiología subyacente a todo fenómeno tocante a la relación de la Iglesia católica con su entorno. El catolicismo social no escapa a este aspecto. En su recepción en la mentalidad católica universal influyó fuertemente la difícil relación de la Iglesia, y en especial del pontificado romano, con el mundo moderno. Esta problemática se remonta mucho más atrás en la historia eclesiástica occidental, caracterizada por una ardua y permanente disputa entre el poder temporal y el papado por ejercer la suprema potestad en la Cristiandad.

En el contexto del mundo moderno, la Iglesia persistió en la perspectiva de perfilar jerárquicamente su relación con el medio social y político. Es decir, la auto-comprensión “jerarcológica” de la Iglesia católica (I. Congar) se dio en estrecha vinculación con una concepción de la sociedad y de la cultura dominada por el elemento de la identidad de cristiandad explícita.

El punto de inflexión que llevó al conflicto fue el cambio en los paradigmas de autocomprensión cultural de la modernidad. En el fondo, el gran problema que se planteaba era la persistencia de una mentalidad católica premoderna en medio de muy profundos procesos de transformación cultural y social y ante la constitución de un nuevo tipo de coexistencia social basada en los principios de autonomía y de pluralismo. En ese contexto, hizo crisis una concepción ca-

tenido el catolicismo social para la Iglesia y la nación chilenas.

Por catolicismo social se entiende aquí un fenómeno histórico eclesial que se expresó en una nueva vertiente del Magisterio pontificio, las primeras encíclicas sociales; pero también como un amplio y profundo movimiento acontecido con anterioridad a dichos documentos en grupos católicos que fueron capaces de captar en toda su gravedad la “cuestión social” surgida en la sociedad capitalista industrial europea.

Esta problemática fue percibida en ciertos círculos católicos locales como una situación interpelante con características peculiares en las sociedades latinoamericanas, tradicionalmente más próximas a un modelo patriarcal y agrario. Pero ya a comienzos del siglo XX este marco social varió en Chile, con los procesos de grandes migraciones de origen rural y, más tarde, con las que se registraron desde la decaída industria salitrera nortina hacia los grandes centros urbanos, en especial hacia la capital.

¹ Me baso aquí en las actas de las sesiones del año 2005 del grupo “Memoria de la Inculcación del Evangelio”, del Centro Teológico Manuel Larraín (www.centromanuellarraín.cl).

tólica de la relación Iglesia-mundo basada en una pretendida conjugación de potestades entre la Iglesia (y más exactamente, su jerarquía) y el Estado; una relación a nivel más bien institucional y formulada jurídicamente.

Precisamente, el catolicismo social nace y se desarrolla en las últimas décadas del siglo XIX, cuando llega a su culminación, en el Concilio Vaticano I, una larga historia de conflictos de la Iglesia con el mundo moderno. Con su apuesta por la jurisdicción universal y centralizada del papado y por la infalibilidad de su magisterio en la definición solemne de la doctrina de la fe y de las costumbres, la Iglesia católica romana buscó aquí, junto a otras finalidades propiamente intraeclesiales, presentarse ante la sociedad moderna como modelo de una auténtica coexistencia basada en el valor de la autoridad vertical, de la tradición que representaba y del orden que derivaba de ella.

Debido a este contexto histórico de origen, el catolicismo social refleja una compleja mezcla entre una auténtica solicitud caritativa de inspiración evangélica por la suerte de los más desvalidos, por una parte, y una fuerte inquietud ante el creciente posicionamiento de la visión socialista de la problemática social moderna y de su solución entre las masas proletarias, por otra. La suerte del pobre y la pérdida de preeminencia del catolicismo en la sociedad moderna industrial aparecen así como dos fuentes de preocupación fuertemente interrelacionadas.

CATOLICISMO Y TRADICIÓN REPUBLICANA EN CHILE

En el caso de Chile destaca el hecho de que —en contra de lo que se podría pensar— hubo en el catolicismo decimonónico cierta diversidad de concepciones de la acción pastoral y, asimismo, una clara peculiaridad en la relación Iglesia-República.

En cuanto a lo primero: junto con la preeminencia de la tendencia jerarcológica e institucionalizante recién descrita, es posible encontrar también en el siglo XIX

otras formas de presencia católica en la sociedad que, sin salirse del esquema básico de Cristiandad, reflejan una autocomprensión eclesial más claramente basada en el sentido de servicio y en una creatividad más propositiva frente a la sociedad moderna. Estos aportes se manifiestan tanto en el florecimiento de congregaciones religiosas misioneras, principalmente dedicadas a la educación, como en numerosas formas de asociacionismo católico laico.

En relación con lo segundo: se ha destacado el carácter de la relación en Chile entre la Iglesia católica y la República. Ello se debe sobre todo al hecho de que ésta última se desarrolló con trazos muy diversos a los que la caracterizaron en Europa, al incluir una fuerte relativización de la soberanía popular. Gracias a esto los sectores republicanos convivieron mejor con la tradición católica, a la que integraron, incluso a nivel institucional, en la definición de los contornos de la relación Iglesia-Estado. Por su parte, la cultura católica no impuso sin contrapeso, como tendió a ocurrir en Europa, una postura eclesial antimodernista y apologética radical, sino que tuvo también una gran influencia un sector católico laico ilustrado, más abierto a las tendencias modernas. Precisamente, es probable que haya sido esta corriente la que puso los cimientos para una asunción del catolicismo social y de la doctrina social pontificia, entre los sectores católicos más conservadores, inicialmente muy resistentes.

CATOLICISMO SOCIAL, CONSERVADORES Y LIBERALES

En el contexto de la controversia liberales-conservadores de finales de siglo XIX y principios del XX, junto a la aparición del marxismo, la gran pregunta a responder es qué motivó en lo inmediato (y tal vez también en el fondo) esta nueva

expresión de la inquietud social católica. ¿Puede decirse que hay por esta época una *sollicitudo rei socialis* católica en estado puro, independiente de la contienda ideológica planteada frente al socialismo y al ideario moderno?

Ello remite a otra pregunta: ¿hay una visión propiamente católica o eclesial de la sociedad y del actuar social en cuanto concreto acontecer histórico?

La Iglesia en Chile, en concordancia con la postura del magisterio pontificio de la época, tuvo frente a la modernidad una actitud en general

defensiva e incluso por momentos francamente hostil. El liberalismo representó para la jerarquía eclesial y para la porción del laicado más “ortodoxa” y fiel a ella, el paradigma por excelencia de esa modernidad como antítesis radical de los valores sustentados por la Iglesia. Tampoco el catolicismo social, surgido en círculos conservadores, estuvo ajeno a esta actitud. Es reconocida la importancia que tuvo en sus principales representantes y en la naciente doctrina social pontificia la motivación de contener la ola secularizadora percibida en la sociedad moderna en su conjunto. El comunismo ateo y las tendencias liberales secularizantes fueron considerados, sin mayor distinción, como males propios de la sociedad moderna que la Iglesia debía combatir con la misma fuerza, o más intensamente, que la situación generalizada de injusticia en la sociedad capitalista industrial.

Sin embargo, cabe preguntarse si el liberalismo era tan claramente el principal enemigo del que la Iglesia debía defenderse. De hecho, eran conservadores los que se resistieron con mayor ahínco al catolicismo social e incluso a la doctrina social pontificia. Ellos consideraban que allí se propiciaba un reformismo que atentaba contra las bases de un orden social acorde con la tradición y los valores católicos, orden que obviamente ellos pretendían representar, controlar y defender. Así, la tibia acogida o el franco rechazo a

No es que no exista acción social entre los católicos chilenos de hoy. Escasea, empero, a diferencia de otros momentos, una reflexión crítica sobre la injusticia social y sus causas estructurales.



Clotario Blest

El caso de Chile tendría que ser reconocido como una derrota del catolicismo. El mayor éxito en la convocatoria a las masas obreras lo tuvieron organizaciones no relacionadas con la Iglesia. Clotario Blest, discípulo del jesuita Fernando Vives y gran figura del catolicismo en el mundo sindical, optó por abandonar el proyecto del sindicalismo católico militante y así lideró la CUT.

la encíclica *Rerum novarum* en círculos católicos conservadores podría indicar que para la Iglesia el “adversario” puede encontrarse a veces dentro de ella misma, en la resistencia radical al cambio.

CATOLICISMO SOCIAL Y SECULARIZACIÓN

El concepto de *secularización* no es una noción unívoca en la historia. En el contexto del surgimiento del catolicismo social, la secularización fue considerada desde la Iglesia principalmente como un fenómeno de apropiación atea de la problemática social surgida en el sistema capitalista industrial. Frente a ello, se entendió —como ya hemos dicho— que la principal preocupación de los católicos debía ser la práctica de la caridad para paliar la situación de miseria de los trabajadores o francamente, para los católicos sociales, el combate de la injusticia social. Pero además —y con la misma o incluso mayor importancia— afrontar el hecho de que las masas obreras estuvieran siendo objeto de la acción proselitista de los apóstoles de “la fantasía del socialismo” (*Rerum novarum*, 11), atea y enemiga de la cristiandad. Esta preocupación es la que está en la base del catolicismo social como fenómeno histórico-eclesial y de algunas de sus principales líneas de acción, como la idea de un sindicalismo católico militante.

En este escenario, planteado desde la Iglesia como una batalla, el caso de Chile tendría que ser reconocido como una derrota del catolicismo. En efecto, el mayor éxito en la convocatoria de las masas obreras en nuestro país lo tuvieron sin duda organizaciones no directamente relacionadas con la Iglesia e incluso más, organizaciones socialistas o comunistas. Es sabido que Clotario Blest, discípulo del jesuita Fernando Vives y gran figura del catolicismo en el mundo sindical, optó por abandonar el proyecto del sindicalismo católico militante (la tesis del “camino propio”) y fue así que llegó a liderar la Central Única de Trabajadores.

Por otra parte, el fenómeno del ca-

tolicismo social, en cuanto fue también expresión del sentir de grupos católicos laicos, podría ser interpretado como un discurso secularizador, al plantear un cambio radical en la mirada católica sobre la problemática social: el paso de la caridad a la justicia, de la beneficencia paternalista al reconocimiento de los derechos de los trabajadores, o el paso de la acentuación de la virtud teologal de la caridad a la acentuación de la virtud cardinal de la justicia. En otras palabras: el desplazamiento, dentro del mismo catolicismo, desde un enfoque puramente religioso a un enfoque también ético-secular de la cuestión social. Ello podría ser el signo de un cristianismo que se “seculariza”. Algunos historiadores sostienen incluso que laicos cercanos a la jerarquía eclesiástica chilena asumieron este esfuerzo de secularización del discurso social de la Iglesia —o, más exactamente, se apropiaron del discurso secularizador, hasta ahora privativo del Estado liberal—, como una nueva forma de presencia católica en la sociedad. Esta es una segunda manera de entender la secularización, claramente contrastante con la anterior: como apropiación católica de un concepto cultural moderno y laico, para expresar de un modo radicalmente nuevo un contenido tradicional. Quedaría por responder a la pregunta de en qué medida el fondo del discurso es aquí afectado por la forma (los conceptos y la metodología) así asumida por el catolicismo.

En la misma línea, se podría plantear también que en el catolicismo social no se da propiamente una disociación de dos momentos —el religioso/teologal en torno a la caridad y el racional/ético en torno a la justicia—, sino una búsqueda de relación dialéctica y complementaria entre ambos. Cuánto ello pudo haberse logrado históricamente o cuán concretable sea incluso hoy, es algo que invita a una reflexión a la vista de ciertas experiencias de la Iglesia chilena en la segunda mitad del siglo XX.

Con todo, una de las preguntas más inquietantes que ha debido plantearse el cristianismo es si no debería dejar de considerar a la secularización como



un “otro” al que se ha de combatir o temer, y abrirse más bien a él como un auténtico signo de los tiempos e incluso como una interpelación radical que nace desde lo más profundo de ella misma. El misterio de la Encarnación es de por sí “secularizante”, pues remite necesariamente a los cristianos al *saeculo*, al mundo, y a la coexistencia histórica como único espacio posible de salvación o condenación.

¿DESDE DÓNDE ARTICULAR UN AUTÉNTICO COMPROMISO SOCIAL CRISTIANO?

Al adentrarnos en la primera mitad del siglo XX en Chile, surge con especial fuerza la figura de Alberto Hurtado como exponente destacado de la conciencia social católica y de la recepción de la enseñanza social pontificia en Chile. En una mirada más atenta, afloran otras figuras anteriores y a la cuales la generación del P. Hurtado e incluso generaciones posteriores deben su formación en materia social. Por lo

¿Sobrevivió el catolicismo social a los procesos ideológicos y socio-políticos latinoamericanos ligados a la Guerra Fría? ¿Fue la Iglesia del Concilio Vaticano II capaz de traducir la intuición fundamental del catolicismo social a los tiempos que corrían?

pronto, Fernando Vives, S.J. Pero también nombres como Guillermo Viviani o Martín Rucker. Y antes, Francisco de Borja Echeverría y otros. Es toda una tradición que merecería ser mejor conocida hoy.

Con respecto al “desde-dónde” de la mirada social de la Iglesia, la pregunta brota de la consideración del origen y la ubicación social de estos grandes personajes. En general se trata de católicos de la élite socioeconómica chilena, varios de ellos pertenecientes a círculos vinculados a la educación de las clases acomodadas.

Pero entre los discípulos del padre Fernando Vives ha llamado especialmente la atención la figura de Clotario Blest, ya aludido como el principal representante de la opción sindicalista católica no confesional. Quienes lo conocieron saben de su cierto distanciamiento de la figura de Alberto Hurtado en lo que respecta a este punto y su recepción preferencial de la inspiración del padre Fernando Vives, su maestro común. Se ha creído ver en ello una señal de crítica a la opción católica que parece representar la figura sacerdotal de Alberto Hurtado en relación con la cuestión obrera.

Lo recién dicho hace traer a colación un comentado artículo anónimo publicado en 1982 en el boletín *Policarpo*². Este escrito contrasta, aunque sin odiosidad, las figuras de Alberto Hurtado y del entonces recientemente fallecido obispo Enrique Alvear. El autor sugiere la “tesis” (sic) de que el jesuita fue “el último profeta de la burguesía”, mientras que el obispo tendría que ser recordado como “el primer Pastor de la Iglesia de los pobres en Chile”. Un esquema ciertamente

discutible, pero también útil para pensar el “desde dónde” de la articulación del compromiso social de la Iglesia. Si hacemos el ejercicio de seguir el hilo de esta tesis, habría que acotar que el modelo pastoral de sensibilización social al que Alberto Hurtado adhirió tuvo un momento de crisis bastante profundo con la escisión de la Falange Nacional del seno de la juventud del Partido Conservador en 1938. Esta escisión podría interpretarse como un grave cuestionamiento a la “ilusión” de la conversión de la burguesía al sentido cristiano de la justicia social, ilusión que el padre Hurtado habría cultivado desde los inicios de su ministerio sacerdotal. Si los jóvenes de la Falange tuvieron que emigrar del Partido Conservador fue en gran medida porque sus inquietudes sociales no encontraron allí eco y, más aun, fueron malinterpretadas y descalificadas como izquierdizantes. Fue precisamente en ese momento cuando se agudizaron los conflictos de Alberto Hurtado con los sectores conservadores más duros, porque éstos sentían que él estaba identificándose con los miembros de la Falange, legitimando así la pretensión de éstos de actuar como católicos en política desde una tienda distinta al Partido Conservador, que, como sabemos, se consideraba a sí mismo como el partido católico confesional exclusivo.

Esto lleva a plantearse la pregunta —más radical— sobre la opción de fondo a la que se vio enfrentado el mundo católico chileno a partir de un contexto en que el ideario de la justicia dejó de ser un discurso “cristiano”, para convertirse en la bandera de lucha de posturas no religiosas e incluso contrarias a la religión. Eso es la secularización

² “Dos hombres... Dos épocas”, *Policarpo*, junio 1982, 3-5.

³ Declaración del Comité Permanente de la Conferencia Episcopal de Chile, *Sin justicia social no hay democracia integral*, 22 de agosto 2007.

definitiva —esta vez en el sentido de “laicización”— del discurso sobre la justicia social. Pero ya hemos indicado que el elemento secularizante es también esencial al catolicismo social, debido a la concepción básica de que el Dios de Jesucristo interpela en el *saeculo*, en la realidad social, en las situaciones de conflicto e injusticia entre los hombres y que, en consecuencia, el ser cristiano y el ser Iglesia se juegan también en ese terreno. La historia ha mostrado la mayor o menor resistencia a asumir este hecho, especialmente en los sectores más conservadores del mundo católico chileno.

Por otra parte, el “éxodo” de la militancia eclesial o el franco abandono de la fe por parte de jóvenes católicos que asumieron, a partir de los '60, la bandera de la transformación de la sociedad como ideal “laico” asociado al discurso socialista e incluso a la ideología marxis-

ta, se ha interpretado como producto de este proceso de secularización que habría sido iniciado por el catolicismo social.

Se plantean aquí algunas preguntas: ¿es lícito considerar esos procesos como un desarrollo del catolicismo social? ¿No deben considerarse más bien como un fracaso o como una desviación del mismo? O más radicalmente: ¿sobrevivió el catolicismo social a los procesos ideológicos y socio-políticos latinoamericanos ligados al fenómeno mundial de la Guerra Fría? ¿Fue la Iglesia del Concilio Vaticano II capaz de traducir la intuición fundamental del catolicismo social a los tiempos que corrían?

El gran tema que queda de todo ello para la reflexión de la comunidad eclesial es, pues, desde dónde debe ser considerada hoy la cuestión social y los caminos que mejor puedan llevar a —al menos— morigerar las principales injusticias que la constituyen. Pensemos,

por de pronto, en la distribución de la riqueza hoy en Chile. La pregunta no es irrelevante y de hecho ya está siendo abordada por diversos representantes del mundo católico que participan activamente en el espacio público.

Mucho más importante que catalogar como “profetas de la burguesía” o “pastores entre los pobres” a los cristianos que intentan hoy en Chile algo significativo en este campo, será en todo caso tender puentes ente ambos mundos, dramáticamente distanciados, para la construcción de una sociedad más equitativa, a la que ha llamado una vez más el episcopado nacional.

Con toda seguridad, Alberto Hurtado y Enrique Alvear coincidirían hoy en que esta gran tarea no será posible sino a partir del reconocimiento de la dignidad de los pobres y de su determinación a aportar con su trabajo a un Chile que debe crecer para todos. **MSJ**

Convierte tú Banda Ancha en una línea de TELEFONÍA IP

Por sólo

\$ **7.900** ^(*)

mensuales

Además por \$2.000 adicional, wifi por siempre

Beneficios

- Aprovecha el beneficio de la TELEFONÍA IP, todas tus llamadas son más económicas que la TELEFONÍA NORMAL.
- Tú eliges como usar tu saldo, en celulares, llamadas locales y de larga Distancia Nacional e Internacional (saldo total equivalentes a 400 min. locales).
- Haces y recibes llamadas en tú PC o Teléfono fijo.
- Saldo On-Line en la Web.

Llamanos al telefono



374 4520



www.tutopia.com

(*) Precio incluye 400 minutos locales, sujeto a factibilidad técnica, promoción válida hasta el 30 septiembre de 2007 y aplica desde planes de 300 Kbps.

